

un equipo que hubiese pasado apuros durante toda la temporada. La selección era el premio a la trayectoria individual y la convocatoria buscaba ante todo jugadores para los puestos necesarios para el desarrollo del sistema táctico y no al revés.

Finalmente la inclusión de cinco jugadores sin experiencia internacional en la selección así como una gran mayoría de jugadores jóvenes (muchos sin haber cumplido los 24 años) garantizaba que la larga concentración que se venía encima se haría más llevadera pues todos vivían la posibilidad de participar en una Eurocopa como un regalo del que debían disfrutar al máximo. De hecho, consultado Palop, el único jugador que no jugaría ni un solo minuto, sobre si tal vez, y a sabiendas de que no disputaría ningún partido, prefiriera estar disfrutando de las vacaciones con su familia, con gesto de incredulidad contestaba diciendo: «Tengo 35 años y es la primera vez que estoy en un Europeo con la selección. ¿De verdad crees que me cambiaba por alguien?».

El primer paso hacia el éxito estaba dado. Poco importaban las voces críticas (por ejemplo cuestionando la convocatoria de Sergio García, a quién, desde los medios, se señalaba como el usurpador de un puesto que *correspondía* a Raúl). La buena conjunción de un grupo de jugadores de características similares creaba un ambiente distendido en el que el trabajo se pudo desarrollar con cierta tranquilidad. Y ese ambiente que tan buenos resultados había dado a combinados nacionales de otras disciplinas (como el baloncesto o el balonmano) por fin llegaba a la selección absoluta de fútbol.

El segundo paso consistía en aprovechar al máximo el tiempo disponible para la preparación con el objetivo en mente de ganar el torneo. España disputó dos amistosos frente a Perú y EE.UU. y ambos partidos se resolvieron con victoria por la mínima y sin convencer. El sentimiento del aficionado era que si esa era la impresión que se dejaba ante rivales teóricamente inferiores, parecía evidente que la maldición de cuartos (o peor, el recuerdo de Portugal en 2004, cuando la selección cayó en primera ronda) se cernía inexorablemente sobre la selección española.

Sin embargo todo aquello entraba en los planes de Luis. Los dos partidos de preparación le sirvieron para experimentar variantes tácticas y probar con diferentes jugadores. Igualmente para que los jugadores recuperasen el ritmo de competición poco a poco y estuviesen a punto justo para la Eurocopa (como después demostrarían). Porque aquel era otro de los fallos históricos de nuestra selección que quería evitar Luis (jugadores que disputaban los partidos previos y las primeras fases cargados de ansiedad y entregándose al máximo que, llegadas las eliminatorias decisivas, no estaban a la altura de lo que se demandaba de ellos).

En definitiva, el combinado nacional llegaba a Neustift (Austria) criticado por los medios y muy cuestionado por los aficionados (algo relativamente poco habitual pues lo normal era que España contase entre los favoritos también en nuestro país). En cualquier caso las dudas sólo venían de puertas hacia afuera, porque dentro del grupo existía una confianza tal que, pese a los malos augurios, todos confiaban en que esa iba a ser la Eurocopa de España. En parte por la inercia de cualquier selección (todas las favoritas confiaban en que aquel iba a ser su torneo) pero en comparación con anteriores ocasiones el discurso de los españoles parecía diferente. Desde la prudencia, del tópico «tenemos que ir partido a partido», los jugadores admitían que el objetivo final era alzarse con el campeonato (algo que pocas veces una selección absoluta de fútbol se había atrevido a decir en voz alta).

Y Luis Aragonés era el verdadero culpable de ese cambio de mentalidad. Por primera vez España presentaba un conjunto que actuaba como un verdadero grupo. No existían problemas a nivel interno (los suplentes aceptaban su consideración como tales, sabiendo que era en beneficio del equipo), no había liderazgos estridentes ni jugadores que acaparasen el protagonismo de forma exclusiva... El único líder que ejercía su autoridad era el propio entrenador, que cuidaba con mimo a los jugadores y que, a lo largo del campeonato demostraría toda su sabiduría al ser capaz de gestionar todas las crisis surgidas asumiendo toda la responsabilidad y dejando al margen al equipo para que pudiera trabajar con total tranquilidad.

Igualmente se demostró acertado en todas las decisiones tácticas y supo acometer los partidos con total solvencia, sobreponiéndose a la lesión del máximo goleador del torneo en la semifinal con diferentes opciones que, lejos de hacer que España perdiese fuerza, sirvieron para aumentar las variantes ofensivas. Sin duda el éxito de la selección se cimentó en combinación de la calidad de los jugadores con los planteamientos del entrenador, pero, como señaló Torres en la final, sobre todo se debió a la atención a los pequeños detalles (como por ejemplo el hecho de que por vez primera en un campeonato desde hacía muchísimo tiempo España presentó el mismo once titular a lo largo de todo el torneo, a excepción de la final frente a Alemania, por la lesión de Villa, y del intrascendente partido frente a Grecia en la primera fase).

Porque España ya había dispuesto de grandes generaciones combinadas con excelentes seleccionadores, pero siempre había fracasado al enfrentarse a sí misma en los momentos decisivos. De ahí el especial mérito del Sabio de Hortaleza, al identificar que el principal cambio que exigía la victoria no obedecía tanto a planteamientos tácticos sino a la preparación psicológica y a la formación de un equipo que fuese más allá de la suma de talento. Evitando también la tentación de anteriores combinados polarizados en torno a un club (al Real Madrid, al Barcelona, al Valencia...) y en los que el liderazgo quedaba compartido entre los jugadores y el entrenador.

El fracaso se cebaba con equipos que no mostraban una verdadera disciplina como tales y en los que había divisiones internas, críticas, falta de confianza en el sistema, con jugadores en el banquillo cuestionando su suplencia y poniendo en entredicho a los jugadores titulares (restándoles autoconfianza) o cerrados sobre el sistema, sin mostrar autocritica y más preocupados de enfrentarse con el entorno que del siguiente rival. Selecciones que actuaban como selecciones y no como verdaderos equipos, que se estrellaban sistemáticamente contra la misma barrera: los momentos clave en las eliminatorias.

Luis armó un equipo por encima de los nombres. Supo enfrentarse a la presión externa sin que esta polarizase al equipo y fue capaz de configurar una selección a la medida de sus exigencias. Creyó en los

jugadores y los futbolistas se conjuraron en torno a un estilo de juego. Aragonés demostró ser un excelente gestor y un verdadero líder (papeles que normalmente se confunden) para guiar a aquellos 23 jóvenes, 44 años después, a la segunda Copa de Europa de selecciones, en un verano mágico en el que el fútbol practicado por la roja será recordado para siempre como uno de los mejores estilos de cualquier selección campeona.

Enanos contra gigantes

La selección campeona de la Eurocopa pasará a la historia como la brillante y merecida ganadora de un torneo que dominó con un juego deslumbrante, rápido y de toque. Pero igualmente será siempre recordada como la España de los bajitos. La estatura media del once titular (1,78) nos convertía en el equipo más bajo del campeonato. Curiosamente en la final, la selección se enfrentó al equipo más alto (1,86 de los alemanes) y supo imponerse con un gol del jugador español más alto.

¿En qué medida influyó la estatura del centro del campo español [Xavi Hernandez (1,70 de altura), Andrés Iniesta (1,70), David Silva (1,70) y Marcos Senna (1,77)] en el devenir del equipo? Esta claro que Luis apostó por jugadores menudos que suplían con velocidad y una excelente técnica su falta de físico frente a jugadores que, en muchos casos, eran hasta 20 centímetros más altos que ellos. Como decía un comentarista radiofónico «al fin y al cabo esto es fútbol, no baloncesto».

Pero no dejaba de ser una apuesta arriesgada como había quedado demostrado en el Campeonato del Mundo de Alemania. En octavos de final, España había sucumbido ante el poderío del centro del campo francés compuesto por jugadores mucho más experimentados que aprovechaban sus condiciones físicas para imprimir un ritmo más lento al partido y que terminaron machacando a la selección española al contraataque.

Sin embargo Luis confiaba en que sus jugadores hubiesen aprendido la lección y en que la dolorosa derrota frente a los galos no

obedecía tanto a una falta de kilos como a la falta de oficio. Contra el argumento del entrenador estaba el dato cierto de que los jugadores que cayeron frente a Francia acumulaban una larga experiencia internacional en sus clubes y, en muchos casos, con la selección, tanto en la absoluta como en las categorías inferiores, trayectorias con multitud de títulos internacionales: Ligas de Campeones, Intercontinentales, campeones del Mundo Sub-20, medallistas olímpicos...

¿Realmente Luis se la jugaba encomendándose a los bajitos? El devenir del campeonato demostraba que más bien al contrario. Las selecciones que mejor fútbol demostraron jugar en la primera fase pertenecían a la segunda mitad de países en la clasificación por altura del once titular: España (16ª y última en la clasificación), Rumanía y Portugal (14ª y 15ª, respectivamente, con una media de 1,79) y Holanda (9ª con 1,83) demostraban que para que un equipo juegue con el balón en el suelo, sus jugadores no deben ser grandes torres: al contrario, conviene que sean jugadores cuyo centro de gravedad esté cerca del césped.

Este argumento servía de mofa a algunos rivales como el italiano Camoranesi que declaraba antes del partido frente a España que le provocaba cierta ternura jugar contra un equipo de bajitos en el que los dos mejores jugadores hasta ese momento eran *el Niño Torres* y *el Guaje* (niño en bable) Villa. Concluidos los lanzamientos desde el punto de penalti el centrocampista *azzurro* había perdido la sonrisa con la que había hecho aquellas declaraciones.

A medida que avanzaba el campeonato las dudas acerca del rendimiento físico del grupo se convertían en asuntos de discusión pública. En la semifinal frente a una Rusia a la que España había vapuleado en la primera fase con un contundente 4-1, eran muchos los analistas que hablaban de que el combinado nacional bien podía pagar el esfuerzo de haber jugado la prórroga frente a Italia en cuartos y que los rusos estarían más frescos (pese a haber tenido que disputar igualmente una prórroga frente a Holanda) al llegar a la Eurocopa con el campeonato liguero de su país a mitad de calendario.

Los jugadores españoles desde luego que no se achicaron y con un ritmo vivo aplicaron una de las más antiguas leyes del fútbol (que corra el balón, no los jugadores), acabaron asfixiando a quienes se suponía iban a utilizar su poderío para amedrentarles. Igualmente en la final tampoco permitieron a los germanos imponer su fútbol físico. Más bien al contrario, fueron jugadores como Torres, Ramos o Senna quienes dejaron su impronta a lo largo del partido.

Que los equipos campeones tienen la virtud de crear modelos que se imitan es una cuestión controvertida y tiene tantas respuestas como analistas preguntados. En cualquier caso parece que el ejemplo cunde y selecciones como Argentina (con Messi y el Kun Agüero, incluso el propio Riquelme) o Brasil (en la que el pequeño Robinho cada vez tiene más galones), pueden estar tomando buena nota de la receta de España.

